



Muro de Corabastos



Eucalipto común  
(*Eucalyptus globulus*)



Coriseo Cayetano Cañizares



Junco Californiano  
(*Schoenoplectus californicus*)



Lenteja de agua  
(*Lemna gibba*)

Macrófitas:

Barbasco  
(*Persicaria hydropiperoides*)

Botoncillo  
(*Bidens laevis*)

Junco bogotano  
(*Juncus effusus*)

Redondita de agua  
(*Hydrocotyle ranunculoides*)



Sangregado  
(*Croton draco*)



Gavilan espíritu santo  
(*Elanus leucurus*)



Acuerdo 035 de 1999



Grupo Banco de semillas

# Testigos de Muerte y Vida del Humedal La Vaca

[Sector norte]



Colibrí chillón  
(*Colibri coruscans*)



Mosquero cardenal  
(*Pyrocephalus rubinus*)



Vivero



Aula ambiental



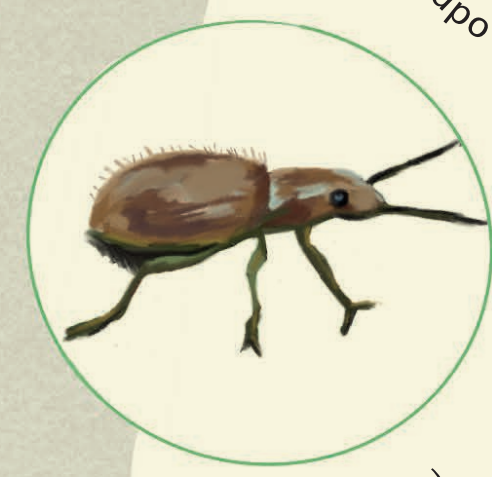
Turpial lagunero  
(*Gymnomystax mexicanus*)



Tingua de Pico Rojo  
(*Gallinula galeata*)



Grupo Guardianes del agua



Gorgojo  
(Familia Curculionidae)

A lo largo de muchos años, este espacio que con pulso débil apenas respiraba pasó a componerse de diversos latidos que hoy se escuchan con vehemencia: un cuerpo palpitante. Bajo toneladas de escombros, la vida seguía allí, esperando ser recordada. Fueron muchos los seres que lo vieron morir, pero también muchos quienes lo han acompañado y alentado a volver. Dora, sembradora de agua y madre supo reconocerlo, pudo acunarlo y verlo crecer nuevamente. Como una Nepantlera, cuidadora de lo que florece en los márgenes, empezó a trenzar entidades humanas y no humanas, a leer los signos del agua enterrada, a abrir poros donde solo había límites e hizo del paisaje un tejido de encuentros. Su gesto fue el de la escucha, el de la siembra lenta, el de la paciencia. Desde allí, tejió vínculos y enredó raíces con voluntades, conectó el agua con la memoria. De este modo, el humedal (su obra y uno de sus hijos) es un textil vivo.

Junto a quienes han acompañado sus pasos, abrieron espacio para el agua cuidadosamente, con la convicción profunda de que no estamos separados de eso que llamamos naturaleza, y de que el bienestar humano exige una relación disciplinada y amorosa con lo otro que también late, respira y resiste. Cuidaron el lodo, arrullaron las plantas y acompañaron a otros humanos para que pudieran habitar el regreso a lo vivo y lo digno. Esta cartografía es un testimonio de lo que se sostuvo, de lo que volvió y de lo que aún resiste.

Aquí, la vida, la muerte y el duelo están cortejándose constantemente para recordarnos que quienes hoy estamos vivos podemos construir y honrar espacios fértiles para los que vienen. Y que quienes se han ido, nuestros muertos, hablan desde la memoria de lo que se conserva, en forma de Tingua, de Junco y de Gavilán. Este humedal nos recuerda que cuidar también es una forma de crear.

Producido por:  
Camila Duque-Jamaica  
Santiago Lemus

En 1989, el humedal murió. A inicios de la década de 1990, este lugar empieza a ser bañado porque necesitan desaguar Kennedy, y Corabastos estaba creciendo. A este espacio cubierto por montañas de escombros llegaban las aguas por medio de conexiones erradas de tuberías. Pero eran aguas negras, putrefactas, residuales. Ahí no estaba la vida. Hacía falta todo un caudal ecológico viniendo desde el nacimiento del río. Aun así, seguía existiendo una forma de presencia. Un pulso y un potencial. Algo persistía. Como un cuerpo que no respira, pero tampoco desaparece. Ese fue el inicio de una lucha que duró más de dos décadas.

En 2000, tras largos procesos comunitarios, cabildos y convenios con instituciones, se logró la legalización de 14 barrios y la firma del **Acuerdo 035** que reconocía el uso ambiental del suelo e incluía el compromiso de recuperación de varios humedales del suroccidente de Bogotá: La Vaca (sector norte y sector sur), Juan Amarillo y Jaboque. Se empezó, entonces, la negociación con los habitantes y la delimitación del área del humedal. En el caso del sector norte, este colinda actualmente con el **muro de Corabastos** y el **coliseo Cayetano Cañizares**. Se nos hablaba que el humedal debía recuperarse para el bienestar de las personas que vivían en sus alrededores, pero eso no podía lograrse sin pensar también en quienes habitaban dentro y que dependían de actividades informales, como la venta de tintos y dulces, o el reciclaje con animales de tracción. Había que pensar en cómo se abriría espacio al agua sin desplazar violentamente a las personas que ya vivían sobre ella. E instauramos un lema: “Tú no puedes pregonar, ni rasgarte las vestiduras, y hablar de la defensa de un territorio ambiental, sin pensar que el mismo territorio también es social, y viceversa”.

Luego, en los años siguientes, entre 2001 y 2006, en el sector norte se desarrolló el proceso de reasentamiento de 160 familias. Esto no se trataba solo del movimiento de unas casas, sino de garantizar condiciones de vida dignas y posibilidades reales de estabilidad para el futuro, como viviendas propias, oportunidades económicas, acompañamiento en el cambio, servicios públicos. Muchos emprendieron pequeños negocios familiares en sus nuevos hogares, otros volvieron a sus regiones. Fue un proceso complejo, pero necesario antes de darle espacio al agua, porque también era pertinente preguntarse si esas personas realmente querían quedarse en Bogotá. Acompañamos cada uno de esos procesos para garantizar el establecimiento real de sus derechos; por eso, este proceso se llamó reasentamiento y no reubicación.

¿Pero tras de qué íbamos nosotros? Íbamos con la mirada tras el humedal. Pensar en él significaba asumir una serie de acciones que tomaron años, pasos largos y, a veces, inciertos, para finalmente ver una luz al fondo del túnel, y ver el agua resurgir, pues no es que esta se hubiera ido. El agua siempre estuvo allí, solo que sepultada bajo escombros, basura, y, en el momento en que el agua vuelve a emanar, inevitablemente aparece también una esperanza. No estábamos solos en esta lucha, y no se trataba únicamente de exigir las responsabilidades de las instituciones, o de señalar culpables individuales. Todos, todas, hemos sido parte de los problemas alrededor del agua y, por eso, debemos comprometernos con la búsqueda de soluciones.

En 2007, empezó la recuperación hidrogeomorfológica del humedal. Para mí, ese fue el momento en el que el humedal regresó, como resultado de años de insistencia, de organización comunitaria, de diálogo con entidades, de planeación. El agua no volvió sola. Volvió porque la comunidad la recordó, la buscó, le abrió camino. En ese mismo año, fue cuando ya por fin vimos los **juncos**. Construimos el primer filtro natural para un humedal usando juncos californianos. Salíó a la luz la vida que siempre estuvo allí latente y diversa, oculta bajo toneladas de escombros y basura (más de 86 000 toneladas), y un **árbol de eucalipto abuelo** esperando el momento en el que todo volviera a emerger.

¿Volvíó la vida? Sí, paisajísticamente volvió, y es lo que actualmente podemos ver. Las aguas se tornaron más cristalinas, se reflejó el color del agua que brota de los acuíferos. Aunque sabemos que lo que entra todavía al humedal no siempre es limpio, pues las aguas que llegan son el resultado de alimentos contaminados, transgénicos, residuos, una mezcla que carga el agua de impurezas, pero que el biofiltro se encarga de transformar.

Un día, mientras caminaba con mi nieto Nicolás por el humedal, me preguntó con su inocencia: “Tita, ¿y dónde están las plantitas?”. Esa pregunta, tan simple pero tan profunda, me hizo entender que la tarea no había terminado. Ya habíamos avanzado en lo social, pero ahora nos tocaba recuperar lo ambiental. Mi primera comunidad formada fue mi familia, pues es la primera comunidad que uno tiene y fue con la que hablé del tema siempre hasta hoy.

Entonces, empezamos a recolectar lodo de distintos puntos del humedal, y aunque todo olía terrible (a aguas contaminadas), entre esos barros malolientes empezaron a nacer pequeñas plantas verdes. Yo les decía a mis compañeras: “Tráiganse lo que no les sirva, un tarro, un plato, lo que sea”. Ahí poníamos el lodo y echábamos agua cada tercer día a ver qué surgía. La bióloga Ana nos prestó bandejas para hacer los semilleros y empezamos a organizar bien el **vivero**. Todas, con cuadernos reciclados de los hijos, tomaban nota. Ana nos enseñó los nombres que no sabíamos: macrófitas como **juncos bogotanos**, **lentejas de agua**, **buchón cucharita**, **sombrillita de aguas**, **barbasco rosado**, etc., y aunque no éramos expertas, estábamos seguras de que algo estaba volviendo a vivir... y así comenzó otra parte del proceso: nombrar lo que nacía, cuidar lo que volvía. Éramos doce mujeres parceras con doce parcelas, donde cada una se encargaba de una especie distinta en un metro cuadrado. Alguna vez, incluso, nos llamaron en los periódicos “las doce apóstoles de Kennedy”. De ahí surgió el **grupo Banco de Semillas**, que luego se convertiría en nuestra fundación. El conocimiento técnico se tejó con la experiencia cotidiana de todas, con la práctica y con las ganas de ver el humedal vivo. Hoy se siguen realizando siembras a través del apadrinamiento de instituciones y colectivos, donde nuevas especies de flora nativa acompañan aquel **árbol sangregado** que alguna vez sembró mi esposo Tito, después de que este había sido rechazado por no cumplir con las condiciones ideales. Nació también el **grupo Guardianes del Agua**, en el que los niños, inspirados por las mujeres que cuidaban las plantas, decidieron cuidar el agua, apropiándose del humedal y aprendiendo a conservarlo, para luego compartir su conocimiento empírico en

instituciones educativas, e, incluso, en 2016, fueron ellos los encargados de reactivar la recuperación del otro sector del humedal.

Mientras tanto, el sector sur del humedal quedó rezagado en su proceso de recuperación y fue invadido por dos grandes parqueaderos que permanecieron allí hasta 2017. En junio de ese año, se inició su restauración ecológica: se sembraron árboles como barreras vivas y se reactivó la articulación entre instituciones y comunidad. El 4 de octubre de 2017, el agua volvió a aflorar. A diferencia del norte, allí el agua llega limpia, alimentada por acuíferos y lluvias, además, emergieron de manera espontánea especies, como junco californiano, *Juncus bogotensis*, enea, cortadera y cebolleta, sin que hubieran sido sembradas. Hoy día, faltan muchas acciones importantes para continuar con la recuperación de La Vaca sur, como el cerramiento para su protección, la vigilancia permanente, la plantación de árboles en las zonas secas y el mantenimiento de la conexión hídrica a través del Acueducto de Bogotá.

Hoy, muchas personas que viven cerca del humedal aún no lo conocen. Algunas, incluso, lo miran sin afecto, lo llaman “el charco”. Pero otras se han sumado a los recorridos, a las actividades y al trabajo comunitario. No se trata de imponer un discurso, sino de invitar a vivirlo, pues el amor por el humedal nace del contacto, de la experiencia directa. La historia de La Vaca nos demuestra que la recuperación ambiental no es posible sin el compromiso institucional y la voluntad política. Sin embargo, este gran cuerpo de agua no habría sido posible sin la organización social de base, sin la fuerza cotidiana de las mujeres y sin la persistencia de quienes no se conformaron con la desaparición del agua. Hoy, el humedal no está completamente sano, debido a que las aguas siguen llegando contaminadas y aún recibe desechos, pero es un cuerpo que contiene una gran biodiversidad, con especies como **las tinguas pico rojo**, **el turpial lagunero**, **el mosquero cardenal**, **el gorgojo azul verdoso**, **el colibrí chillón** y **el gavilán espíritu santo** que nos acompaña en todas nuestras actividades, además de árboles que ya son capaces de brindar hogar a aves rapaces nocturnas gracias a Tito y su siembra: mucha vida, belleza y memoria.

Creo que el agua pudo recordarse a sí misma, además, no volvió sola, volvió con ella la invitación a relacionarnos de una manera afectiva y comprometida. Recuperar un ecosistema no es solo una cuestión de infraestructura, sino de vínculos, y los humanos también somos parte. Aquí el trabajo no ha terminado y falta mucho por hacer, pues el humedal aún necesita cuidado y presencia. Y quienes más pueden hacerlo son quienes se atreven a conocerlo y escucharlo, quienes quieren ser testigos de su transformación, porque lo que no se conoce no se quiere. Pero, si empiezo a conocerlo, y aprendo a quererlo, porque es mi espacio, porque es mi lugar, entonces, lo voy a cuidar con mi cuerpo y con mi alma, pues querer es poder.

—Dora Consuelo Villalobos Burgos\*

\*Dora Consuelo Villalobos Burgos nació en Pauna (Boyacá) y llegó a Bogotá en la década de 1990 desplazada por la violencia. Ha dedicado más de veinticinco años liderando procesos comunitarios para la restauración y conservación del humedal La Vaca, un ecosistema casi extinto por los procesos de urbanización, los escombros y las aguas residuales, en la localidad de Kennedy. Junto con la cooperación de mujeres de barrios del sector, creó la Fundación Banco de Semillas, con la que se promueve la recolección y siembra de especies nativas. También impulsó la Red Guardianes del Agua, un colectivo de voluntarios ambientales que realiza procesos de educación ambiental, separación de residuos y monitoreo comunitario. Gracias a su liderazgo, la lucha y la insistencia para la articulación con instituciones públicas y privadas, como el Acueducto de Bogotá, la Secretaría de Ambiente y Corabastos, este humedal pasó, de ser un vertedero con 86 000 toneladas de escombros, a transformarse en una gran aula viva de biodiversidad y cultura ambiental. Hoy, este lugar alberga más de 200 especies de aves, insectos y plantas acuáticas. Dora insiste en que su mayor logro ha sido ver al humedal (como a un hijo) volver a respirar. Su historia es un gran ejemplo de lucha territorial, resiliencia, justicia ambiental y social, así como una profunda conexión con el agua y la vida.

